

El Mosaico Divino...

*El Jesucristo del Nuevo Testamento — La Revelación del
Dios-Hombre, Rey Soberano y Mesías Prometido...*

Por Luis Felipe Torres

Texto Base: Mateo 1:1; Juan 1:14; 1 Corintios 15:24-25.

Analogía Inicial: El Gran Mosaico del Arquitecto Eterno

Imaginen que son invitados a contemplar un mosaico monumental, diseñado por el Arquitecto Eterno desde la fundación del mundo. Si uno se acerca demasiado a la obra, solo ve piezas aisladas. Unas piezas son de un rojo oscuro y profundo, que representan dolor, sangre y humillación. Otras piezas son de oro resplandeciente, que representan un trono, una corona y una majestad invencible.

Los antiguos eruditos judíos se acercaron tanto a las piezas que perdieron la perspectiva. Al ver el rojo y el oro, su razón limitada concluyó: «¡Es imposible que el sufrimiento y la gloria extrema pertenezcan a la misma figura! Deben ser dos mosaicos distintos, dos personas diferentes». Sin embargo, cuando se abre el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo nos hace dar un paso atrás y enciende la luz de la verdad. Al mirar la obra completa, con asombro y adoración, descubrimos que los colores oscuros del sufrimiento forman las sombras necesarias para darle relieve y brillantez al rostro glorioso de un solo y único Rey. Las piezas encajan a la perfección. No son dos Mesías; es un solo Rostro, un solo Salvador, nuestro Señor Jesucristo, quien a través de la cruz alcanzó la corona.

Introducción

Es un gozo inefable abrir la Palabra de Dios hoy con ustedes. Hermanos, el Nuevo Testamento no es un libro que surge en el vacío, ni inventa una religión nueva desconectada de la historia. Por el contrario, el punto principal del Nuevo Testamento es demostrar, con evidencia irrefutable y lógica divina, que Jesús de Nazaret es el Mesías judío anunciado en el Antiguo Testamento.

Aunque tenemos cuatro evangelios con perspectivas distintas, todos convergen en un solo vértice: Jesús es el Cristo. De hecho, el apóstol Mateo comienza su registro estableciendo la plataforma para todo el Nuevo Testamento con una declaración magistral: «Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham» (**Mateo 1:1**). En una sola frase, el Espíritu Santo vincula a Jesús con las promesas inquebrantables de Dios.

Hoy vamos a sumergirnos en lo que el Nuevo Testamento verdaderamente dice acerca de Jesús. Usaremos el buen uso de la razón iluminada por las Escrituras para desarmar las paradojas de los rabinos antiguos y refutar las doctrinas modernas, como el premilenarismo, que intentan rebajar la majestad actual de nuestro Señor. Veremos a Cristo en toda Su plenitud: en Su naturaleza, en Su sufrimiento, en Su reinado actual y en Su esencia como el verdadero Dios-Hombre.

I. Las Tres Credenciales Innegables: Mesianismo, Realeza y Naturaleza Judía.

El Nuevo Testamento no nos presenta a un mesías hecho a la medida de la filosofía griega ni a la imaginación romana. Nos presenta al cumplimiento exacto de las promesas de Jehová, delineando tres credenciales dominantes:

- A. Su Mesianismo (El Ungido de Dios):** El darle a Jesús el título de «**Cristo**» no es darle un apellido, sino un título oficial. «**Cristo**» es la traducción griega de la palabra hebrea *Mashiach* (Mesías), que significa «**El Ungido**». Cuando la samaritana le dijo a Jesús: «*Sé que ha de venir el Mesías, llamado*

el Cristo», Jesús le respondió sin rodeos: «Yo soy, el que habla contigo» (**Juan 4:25-26**). Él es Aquel de quien Moisés y los profetas escribieron.

- B. **Su Naturaleza Judía (La Simiente de Abraham):** Dios hizo un pacto eterno con Abraham, prometiendo que en su simiente serían benditas todas las naciones (**Génesis 12:3**). El Nuevo Testamento afirma en **Gálatas 4:4-5** que «*venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley*». **Hebreos 2:16** es aún más específico: «*Porque ciertamente no tomó para sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó la de la simiente de Abraham*». Jesús fue sólidamente judío. Nació bajo la ley para poder redimir a los que estaban bajo la ley.
- C. **Su Realeza (El Hijo de David):** Desde Su nacimiento, la realeza de Cristo fue declarada. Los sabios de oriente preguntaron: «*¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido?*» (**Mateo 2:2**). E incluso en Su muerte, el letrado sobre Su cruz, puesto por orden providencial, proclamaba Su identidad: «**ÉSTE ES JESÚS EL REY DE LOS JUDÍOS**» (**Mateo 27:37**). Él es el heredero legal y biológico del trono de David (**Lucas 1:32-33**).

II. Resolviendo la Paradoja Rabínica: Un Solo Mesías.

Los rabinos del Talmud, al estudiar el Antiguo Testamento, se encontraron con un aparente dilema. Leían acerca de un Mesías sufriente (al que llamaron «*Hijo de José*») y un Mesías victorioso (al que llamaron «*Hijo de David*»). Su razonamiento carnal los llevó a inventar la doctrina de dos Mesías distintos. Pero el Nuevo Testamento destruye esta doctrina humana y ofrece la solución divina.

- A. **El Cumplimiento del Siervo Sufriente:** El Nuevo Testamento retrata a Jesús cumpliendo al pie de la letra los sufrimientos de **Isaías 53** y el **Salmo 22**. Él era inocente, el Cordero sin mancha. Pablo nos dice en **2 Corintios 5:21**: «*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*». Él fue un sufridor voluntario: «*Nadie me la quita [la vida], sino que yo de mí mismo la pongo*»

(**Juan 10:18**). Sus manos y pies fueron horadados, y de su costado salió sangre y agua, la señal física de un corazón roto, tal como lo prefiguraban los profetas.

B. **La Singularidad del Nacimiento Virginal:** Para que este Salvador pudiera ser el verdadero Dios-Hombre y nuestro sacrificio perfecto, Su entrada al mundo tuvo que ser milagrosa, siendo concebido directamente por el poder Divino. El Nuevo Testamento confirma el cumplimiento de la profecía de **Isaías 7:14**: *«He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros»* (**Mateo 1:23**). Nació de mujer, tomando nuestra naturaleza para poder redimirnos, pero fue concebido soberanamente por el Espíritu Santo (**Lucas 1:34-35**), demostrando así Su origen eterno y divino.

C. **El Error del Reino Postergado (La Plena Solución del Nuevo Testamento)** Aquí, hermanos, debemos aplicar rigurosamente la sana exégesis y evitar los errores de las doctrinas modernas. Algunos eruditos—incluso algunos que reconocen que Jesús es el Mesías—enseñan hoy la falsa doctrina del premilenarismo. Afirman, al igual que los antiguos judíos materialistas, que como Cristo fue rechazado, postergó su reino y volverá en el futuro para sentarse en un trono terrenal en Jerusalén. ¡Falso!

El Nuevo Testamento resuelve la paradoja de los «dos Mesías» enseñando que Cristo vino a sufrir y morir en Su primera venida, pero que ¡Su reino ya comenzó tras Su resurrección y ascensión! En el Día de Pentecostés, el apóstol Pedro declaró que Dios había resucitado a Cristo para sentarlo en el trono de David, y que Él ahora está exaltado a la diestra de Dios (**Hechos 2:30-33**).

Como bien nos enseña la Escritura en **1 Corintios 15:24-25**, Cristo *«preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies»*. Su reino es actual y es espiritual (Colosenses 1:13). Cuando Él regrese en

gloria (Mateo 25:31), no vendrá a inaugurar un reino político de mil años, sino que vendrá a juzgar y a entregar el reino al Dios y Padre. La corona la ganó mediante la cruz.

III. El Clímax del Nuevo Testamento: El Dios-Hombre.

Llegamos a la cumbre de la revelación bíblica, aquello que los judíos rechazaron categóricamente por considerarlo blasfemo, pero que para la Iglesia es el fundamento de nuestra redención: El Mesías tenía que ser, al mismo tiempo, verdadero Hombre y verdadero Dios.

- A. **El Verbo hecho Carne: Filipenses 2:5-8** nos describe la encarnación suprema: *«el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres»*. Como enseñan las sanas palabras, «despojarse a sí mismo» no significa de ninguna manera que Cristo abandonó Sus atributos divinos mientras caminó en la tierra. ¡Cristo perdonaba pecados, leía los pensamientos y aceptaba adoración! Él se humilló asumiendo la naturaleza humana, pero **Juan 1:1** y **14** lo declara con poder: *«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros»*.
- B. **El Hijo del Dios Viviente:** El Nuevo Testamento presenta a Jesús como el cumplimiento de los requerimientos del **Salmo 2** y **Proverbios 30:4**. El Padre mismo dio testimonio audible de esta Deidad innegable. Cuando Jesús fue bautizado, los cielos se abrieron, el Espíritu descendió, y la voz de Dios tronó diciendo: *«Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia»* (**Mateo 3:16-17**). Él no es un profeta más. No es un «dios» minúsculo o un ser creado. Él es «nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (**Tito 2:13**).

Aplicaciones Prácticas para la Iglesia

Hermanos amados, si esta es la gloriosa verdad que el Nuevo Testamento revela, ¿cómo debemos vivir nosotros hoy?

1. **Defiendan la sana doctrina sobre la Deidad y la Obra de Cristo:** El mundo (sectas como los Testigos de Jehová, o incluso algunos hermanos con doctrinas liberales) intentan rebajar a Jesucristo. Quieren despojarlo de Sus atributos divinos en la tierra o negar que Él esté reinando ahora mismo. La iglesia debe aferrarse a que Jesús es el Verbo Eterno y que Su reino es una realidad presente. ¡No somos súbditos en espera, somos ciudadanos activos del Reino de los Cielos hoy!
2. **No busquemos un reino de comodidades terrenales:** Los líderes judíos rechazaron a Jesús porque Él no satisfizo sus deseos carnales de poder político, dinero y liberación de los romanos. Hoy, doctrinas como el «evangelio de la prosperidad» cometen el mismo error. Nuestro Rey sufrió y nos llama a tomar nuestra cruz (**Mateo 16:24**). La gloria sigue a la cruz. Valoremos las riquezas espirituales por encima de los reinos de este mundo.
3. **Proclamemos al «Jesús de las Escrituras»:** El Nuevo Testamento exige una respuesta. No podemos ser neutrales. El apóstol Juan escribió estas señales *«para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre»* (**Juan 20:31**). Nuestra misión es llevar este mensaje, respaldado por la evidencia profética y apostólica, a toda criatura.

Conclusión

Pueblo adquirido por la sangre de Cristo, el misterio que estuvo oculto por siglos ha sido revelado. El Nuevo Testamento nos ha descorrido el velo. Hemos visto que la simiente de la mujer prometida en Génesis, el niño de la virgen de Isaías, el varón de dolores del **Salmo 22** y el rey eterno del linaje de David convergen maravillosamente en un solo lugar: la persona de nuestro Señor Jesucristo de Nazaret.

Las Escrituras no se contradicen. El sufrimiento en la cruz fue el acto soberano por el cual pagó el precio de nuestros pecados, y Su resurrección fue la

coronación que lo estableció a la diestra del Padre. Él es el verdadero Dios y la vida eterna.

Salgamos hoy de este lugar maravillados de nuestro Rey. Rindamos nuestras mentes y corazones a Su señorío absoluto. Porque a Aquel que es el Mesías prometido, el Dios-Hombre, al Rey que ya reina sobre Su iglesia y que un día volverá en las nubes para llevarnos con Él, sea la gloria, la majestad, el imperio y la potencia, ahora y por todos los siglos. ¡Amén!